

MARCHAMOS

Joshy Castillo

Sin miedo. Marchamos. Fuertes, sin temor, con la bandera azul y blanco en la mano, la misma bandera que nos cobija a los más de cinco millones de nicaragüenses, la misma bandera irrespetada por la “señora” y los que siguen sus lineamientos; la bandera azul y blanco que debe ondear en todas las oficinas del Estado, sin más compañía que el honor como enseña triunfal.

Marchamos, hombres y mujeres, al grito de Democracia Sí, Dictadura No, pero sobre todo “Sin Miedo”.

Acompañada de centenares de amigos y conocidos que queremos un gobierno honesto, con respeto al sagrado voto popular, sin irrespeto a la comunidad de donantes que sólo nos ha brindado apoyo y solidaridad en los momentos difíciles, caminamos bajo un imponente sol.

Pronto el discurso trasnochado pero peligroso del comandante Ortega se hizo realidad: un grupito de agitadores, entre los que estaban empleados estatales,

obligados a asistir a las tomadas rotondas, comenzaron a lanzar morteros amenazadores hacia la marcha del azul y el blanco.

Me alegró ver puestos de policías en bocacalles, antimotines en la rotonda de Plaza Inter y patrullas de policía movilizándose cerca de donde avanzaba la marcha. Sin embargo, tuve una leve duda cuando vi una patrulla de policía pasar rauda y veloz.

Habíamos desviado la marcha por la 27 de Mayo, buscando la parte trasera del parque Pedro Joaquín Chamorro, frente a la Asamblea Nacional, donde se suponía terminaría la marcha.

A estas alturas la marcha alcanzaba varias cuadradas de largo. Vi y saludé a vecinos, amigos y amigas, conocidas y conocidos, todos con grandes sonrisas, rostros abiertos, limpios, sudorosos, firmes, convencidos de que debíamos marchar ese día.

No fui por ningún organismo, ni partido, ni movimiento. Fui como ciudadana de este país que cree en el respeto, la honestidad, la alegría, la dignidad, el trabajo

honrado, no a la corrupción, no botar basura y querer a mi país, entre otros.

Por eso fui a la marcha. No se derramó tanta sangre en este país para que un puñado de mercenarios, oportunistas y delincuentes, al fin y al cabo, se arroguen el derecho de decidir quién puede marchar y quién no, quién puede opinar y quién no, quién trabaja y quién no, quién vive y quién muere.

Cuando llegamos al parque, frente a la Asamblea Nacional, las piedras empezaron a caer. A excepción de algunos pocos que retrocedieron, la mayoría no nos movimos. Alguien comenzó a entonar las notas del Himno Nacional y se escuchó en una sola voz: “Ni se tiñe con sangre de hermanos, tu glorioso pendón bicolor...”.

Los antimotines, en actitud pasiva, eran un mero adorno en medio de la calle.

Pero marchamos. Marchamos libres, de miedos, temores, e intimidaciones; marchamos convencidos de que nadie, ni amenazas

presidenciales, ni gritos de diputados, ni acciones vandálicas disfrazadas de celebraciones tempranas, ni caras pintadas en supuestos ejercicios militares, ni antimotines en dizque protección, impedirán que volvamos a marchar. Las calles son de todos, las calles son del pueblo. Sí diputado Porras, del pueblo. De rojos, verdes, rosados, blancos y azules. De todos. De todos diputado Porras. De todos.

Y sí, tiene razón presidente Ortega. Este es un pueblo rebelde, que no se amedrenta, que no se vende, que no se rinde. Por eso sacamos a los gringos en el 33, por eso ajusticiamos a Somoza en el 56 y por eso derrotamos al otro Somoza en el 79.

Y sí, seguiremos marchando, a pesar de sus amenazas, de los intentos de la señora por controlar con artes de magia (??) a los seres pensantes de este país, de los pactos y componendas de El Chile, de los petrodólares robados al pueblo venezolano, seguiremos marchando.